

“El indio absuelto y ‘las Indias’ condenadas en *Las Cortes de la Muerte*, auto popular español del siglo XVI”

p. 137-170

Juan A. Ortega y Medina

Obras de Juan A. Ortega y Medina, 7. Temas y problemas de historia

María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2019

712 p.

ISBN 978-607-02-4263-2 (obra completa)

ISBN 978-607-30-1390-1 (volumen 7)

Formato: PDF

Publicado en línea: 1 de junio de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/704/temas_problemas.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



El indio absuelto y “las Indias” condenadas en *Las Cortes de la Muerte*, auto popular español del siglo XVI

137

Para el doctor Edmundo O’Gorman, en cuyo Seminario de Historia de las Indias (1952-1953) se sustentaron las ideas que informan este ensayo.

|

Introducción

Justificación del método y de la fuente

Improcedente ha de parecer además de ocioso venir a estas alturas con pretensiones justificadoras para un método histórico que ya libró a su debido tiempo, y especialmente por lo que se refiere a México, enconadas batallas, y que incluso ganó la última y decisiva por *abandono* (valga el símil) del historiógrafo naturalista opositor. El estudio que iniciamos aquí intenta ser un ensayo exploratorio por el campo de las manidas ideas indianistas, en sus meros comienzos, utilizando una fuente única de carácter teatral. Adelantemos, ya que nos sale al paso, que todas las obras literarias pueden resultar tan

documentables como los más empingorotadísimos *materiales históricos*, pues que todo será cuestión de método y de manejo crítico. Aunque de Dilthey a la fecha ha llovido, y mucho, pocos son, empero, los historiadores que se hayan calado; por ello nada tendría de particular que se nos hiciera cierta probable objeción por el hecho de que hayamos empleado una pieza dramática (en este caso un auto de corte medioeval) como fuente histórica, amén de exclusiva. Por lo que se refiere a la exclusividad no vamos a detenernos mucho para explicarla, por la sencilla razón de que las mejores que avalúan procedimiento son bien asequibles para el que tenga gusto y ganas de leerlas. Así pues, sólo vamos a repetir sumariamente lo que sigue: que el intento exhaustivo de querer utilizar *todas* las fuentes tropezará siempre con la imposibilidad física de reunir y agotar el material; que es absurdo pretender asegurar para los resultados una completa validez, a base de una crítica cuantitativa; y por último, que no se cae en la cuenta de que “un fragmento, precisamente por serlo, lleva implícita la totalidad”.¹ Naturalmente que esto no invalida la fortuna del historiador que puede echar mano de una copiosa riqueza documental; mas sí critica las ilusiones totalitarias sobre el material histórico.

Respecto a la validez histórica de nuestra fuente, ganas nos dan de no tomar para nada en cuenta esta otra *dificultad*; pero puestos ya en la tarea de explicar el alcance del método y su legítimo valor en la historia es “explicación y comprensión” (dicho sea con términos que arrebatamos a Gaos) de todos los posibles factores reales e ideales de la historia humana, síguese de aquí la legitimidad de considerar entre ellos una curiosa obra teatral de tema simbólico, el auto susoaludido. Parafraseándonos de nueva cuenta lo escrito por Gaos, aceptamos que la única historia posible será la Historia de la historia de los hombres, y la Historia de la historia de su mundo; definiciones que abarcan, pues, todos los sectores vitales y culturales de los hombres y de su mundo.² Hombre y mundo constituyen el objetivo actual de la historiografía, más una

1 Cfr. Edmundo O’Gorman, “La conciencia histórica en la Edad Media”, en *Trabajos de historia filosófica, literaria y artística del cristianismo y la Edad Media*, compilación de José Gaos, México, El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica, 1943, 358 p., p. 35-36.

2 Vid. José Gaos, *En torno a la filosofía mexicana*, México, Porrúa y Obregón, 1953 (México y lo Mexicano, 7). Véase también y especialmente, el penetrante y desmenuzado análisis que hace el doctor Gaos del ya clásico y famoso libro de O’Gorman, en la revista *Historia Mexicana*, México, n. 3 (enero-marzo), 1952, p. 488.

humanidad y mundanidad concretas, temporales. Siendo así se comprenderá la muy fundada pretensión nuestra de querer repujar la idea del indio americano a base de una sola fuente teatral-histórica. No es que neguemos el valor que de suyo poseen las fuentes estrictamente documentales, pues que todas y todos los más diversos y dispares materiales históricos, así los más encopetados como los más humildes e insólitos, sirven de vías de acceso para aproximarnos y descubrirnos el ser del hecho histórico.

Acerca de las ideas que los españoles cultos o semiletrados se forjaron sobre América y lo americano lo sabemos todo o casi todo; pero no podemos decir lo mismo de la opinión que el pueblo (el Juan Español de entonces) llegó a tener en los primeros tiempos. ¿Qué imagen de las Indias y del indio tuvo un rústico español del siglo XVI? ¿Cómo llegaron a él los grandes y decisivos temas americanos? ¿Cómo vio estos temas, cómo los sintió y los recreó? A estas y otras preguntas parecidas intenta responder nuestro ensayo. Lo que también queremos destacar es que el perfil espiritual del indio que vamos a sacar en un primer plano, resultó mucho más familiar para su tiempo que la imagen que podían dar los cedularios, las codificaciones e inclusive las crónicas de Indias, por la principal razón de que los documentos tuvieron bastante menos público que los dramas y autos de la época. La visión escénica contribuyó mucho más que la escrita a forjar la conciencia popular española al indio. Se nos presenta éste, en suma, mucho más dotado de ser, más intencional y vívidamente apresado en la literatura teatral que en la histórica; más asequible, más prójimo y cercano por vía escénica que por modo documental.

La historia en el teatro

En el siglo XVI comienza a realizarse en la historia, como es sabido, un viraje decisivo. El Renacimiento logra que ésta deje de relatar el tema de Dios para expresar el del hombre. La política y la concomitante *razón de Estado* ocuparán el vacío dejado por lo teológico, y el acontecer histórico, por lo tanto, descenderá del plano trascendental al de la modernidad e inmanencia. Por supuesto, la transición no es tan brusca: las viejas formas medievales históricas seguirán perdurando para expresar un mensaje distinto del tradicional; en cierto sentido así ocurrirá con el auto de *Las Cortes de la Muerte*.

Durante la Edad Media hubo un modo, entre otros, de relatar alegóricamente la historia: el *misterio* o *auto* semiteológico. El acontecer de la historia

se proyecta en escala jerárquica sobre el esquema cristocentrista; es decir, se proyecta subsumiendo todos los acontecimientos humanos a una instancia superior: la Redención.³ Justamente el recipiente histórico-metodológico más propio será el cadahalso, el tablado medioeval en el cual se transvasa cómodamente la historia alegórica al teatro. La historia adquiere en él un valor plástico e informativo formidable, y en los poetas, ya asilados o en cofradías de “autores”, se dan maña para ordenar los sucesos históricos en torno a un sacramento o en derredor de un misterio, suprimiendo a consecuencia del trasiego y en función de la causa redentora y teológica todo tiempo y, a veces, hasta todo espacio delimitado e histórico. En otros casos, y conforme pasan los años y aun siglos, al exhumar los empolvados cronicones, los anales reales, las rancias leyendas y los milagros milenarios se les inyecta un tiempo y espacio históricos perfectamente sincrónicos, sin interpolaciones anacrónicas salvo en la tramoya. Siguiendo la tradición, ante el público campesino amontonado en las plazuelas españolas alrededor de los carros y catafalcos, o ante los espectadores citadinos apeñuscados en los corrales, se reviven historias y leyendas. Los autores del siglo XVI, y especialmente los del XVII, traspasan también la historia al teatro, la actualizan, y mediante el arbitrio escénico la ponen al servicio de una causa o creencia nacionales: a beneficio de su rey, de su país y de su religión. Los dramaturgos ingleses de la era isabelina, así como los españoles de la de los Austrias, recurrieron frecuentemente a la historia en busca de inspiración dramática y política. Shakespeare y Lope saquearon a placer las crónicas medievales y resucitaron poéticamente los acontecimientos pretéritos. En ambos autores, religión y política van de la mano. La historia salta al centro del escenario para ponerse al servicio de la gente en calidad de experiencia utilizable. Los espectadores se convertían con sumo gusto en actores apasionados: la plebe mosqueteril del patio y la pardilla de las plazas campesinas vivían la historia, tomaban contacto con los temas vitales de su tiempo, se familiarizaban con ellos, los hacían sustancia de su vivir cotidiano; motivos de refrán y de chismografía. Historia teatralizada y teatro histórico; historia farandulera para el pueblo; fuente de información para éste, para la masa y para el populacho; mensaje histórico aderezado entre simbolismos y alegorías. Pasto espiritual para todos: para el noble, el caballero y el hidalgo; para el burgués y la menestra; para la gleba y la gañanía.

3 Cfr. O’Gorman, “La conciencia histórica en la Edad Media”, p. 59.

II

*Las Cortes de la Muerte**La fuente*

En 1557 se imprimía en Toledo el auto de *Las Cortes de la Muerte*, que Luis Hurtado de Toledo dedicaba “al invictísimo señor don Felipe, rey de España y Inglaterra, etcétera, su señor rey”. Pero Hurtado sólo *prosiguió, agrandó y acabó* el auto, porque *Las Cortes* habían sido comenzadas por Micael de Carvajal, natural de Plasencia y, a juzgar por su apellido, “marrano” o cristiano nuevo. En la “Dedicatoria al rey Felipe” se descarga don Luis de su vanidad, y nos confiesa que cayó en ella por el hecho de haber escrito y representado con anterioridad otras obras de ambiente más alegre y de tonos más festivos.⁴ “Mas por vía de enmienda y consideración –escribe–, dio remate a otras Cortes que hizo la Muerte con todos los estados, con notable llamamiento, en este presente año [1557]; en las cuales –prosigue–, por apacible estilo y delicadas sentencias, cada estado será lo que la Muerte se le puede proveer y en sus cortes determinar.” El nombre completo del auto es el siguiente: *Las Cortes de la Muerte a las cuales vienen todos los estados, y por vía de representación dan aviso a los vivientes y doctrina a los oyentes*.⁵

Como la *Danza de la Muerte*, de la cual proceden estas y otras cortes, el auto de Carvajal y Hurtado de Toledo viene a ser también una “especie de mascarada espiritual”⁶ en la cual cortejan y pleitean los diversos estamentos ante la Muerte. Se trata en esta pieza de presentar “el sentido de la fragilidad humana”; “el dominio de la muerte sobre ricos y pobres” y “el

4 *El espejo de gentileza y hospitales de damas y galanes y Las cortes de castro amor*, ambos dedicados asimismo al rey.

5 Nosotros hemos utilizado el texto de la edición de *Romancero y cancionero sagrados, colección de poesías cristianas, morales y divinas. Sacadas de las obras de los mejores ingenios españoles*, edición de Justo de Sancha, Madrid, M. Rivadeneyra, 1855 (Biblioteca de Autores Españoles, 35).

6 Cfr. Pedro José Pidal, “Noticia preliminar” a la *La danza de la muerte*, en *Poetas castellanos anteriores al siglo XV*, colección hecha por Tomás Antonio Sánchez, continuada por Pedro José Pidal, considerablemente aumentada e ilustrada por Florencio Janer, Madrid, Atlas, 1952 (Biblioteca de Autores Españoles, 57), p. XLIV.

pesimismo castellano que encierra a la vez ascetismo moral y democracia igualitaria”.⁷

El objetivo de estas *Cortes* responde a la vieja incitación medioeval del sermón plástico, del ejemplo. La intención es moralizadora y aleccionadora: educar al pueblo, a la gente sencilla e ingenua en los principios fundamentales de la fe y la historia cristianas. Chicos y grandes gustaban por igual de tales representaciones, y se deleitaban a más no poder con los alardes de la complicadísima tramoya y aparejos; con los estampidos y rayos salidos de la caja de los truenos; con los enrevesados juegos de poleas, que para deleite de los pasmadísimos espectadores subían o bajaban y cerraban y abrían nubes paridoras de las que salían volando legiones de ángeles y arcángeles, vírgenes y serafines, santos y querubines, potestades y tronos (todos más o menos aureolados y vaporosos) embarazando amorosamente toda suerte de harpas, cítaras, salterios, añafiles y laúdes, y hasta tocando una que otra guzla o tal que cual caramillo. Otras veces se trocaba la visión celestial en infernal, y como por ensalmo brotaba de los más profundos, tenebrosos y azufradísimos infiernos de escotillón toda una espantosa pesadilla de demonios rabicornudos armados con tridentes.

Nuestro auto no posee tanta riqueza representativa y emocional; pero sí cuenta con lo suyo. Tienen *Las Cortes de la Muerte* mensajes similares a los que posee la famosa danza castellana: dolos humano ante el ineluctable morir; fugacidad de la vida; vida que no es sino máscara de un sepulcro o pudridero vital; carácter igualitario de todos los vivientes frente al terrible rasero de la Muerte; sátira social, aquí además erasmista y sangrienta; crítica decidida de todas las injusticias sociales, y alusión a la caduca edad del mundo y su próximo fin. Aparecen además en este auto las censuras anticlericales erasmistas, según dijimos; el sesgo satírico lucianesco pleno de humor, y, como novedad curiosa, la condenación del protestantismo, de Lutero propiamente: “el hermoso Anticristo”, como dirá la Carne (escena III).

Como ocurre con esta clase de obras, el auto de *Las Cortes de la Muerte* cuenta también con representaciones alegóricas y simbólicas, aunque no muchas, distribuidas en las XXIII escenas que constituyen la pieza. Ésta se halla

⁷ Ángel Valbuena y Prat, *Historia de la literatura española*, 2 v., Barcelona, Gustavo Gili, 1937, v. I, p. 640. Valbuena sigue fielmente en estos juicios a don Marcelino Menéndez y Pelayo, véase la *Historia de la poesía castellana en la Edad Media*, en Marcelino Menéndez y Pelayo, *Obras completas*, 3 v., Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1913, v. I, p. 344-347.

compartida en estrofas de cinco versos de arte menor, de metro octosílabo, quintillas (*abaab*), las cuales resultan apropiadas para el auto; tema dramático de no muy larga extensión y cuya relativa brevedad nos alivia, por consiguiente, del seguro cansancio de la rima y la medida.

Lo primero que se nos ocurre es hacer un cotejo entre los personajes del poema medioeval y los del auto, para que por comparación podamos ver las diferencias y los puntos de entronque. En la danza desfilan ante la Muerte los personajes siguientes: el Padre Santo, el Emperador, el Cardenal, el Rey, el Caballero, el Escudero, el Deán, el “Mercader”, el Arcediano, el Abogado, el Canónico, el “Físico”, el Cura, el Labrador, el Monje, el Usurero, el “Fraire”, el Portero, el Ermitaño, el Contador, el Diácono, el “Recabdador”, el Subdiácono, el Sacristán, el Rabí, el Alfaquí y el Santero. Se hallan, pues, representados en escala jerárquica medioeval los personajes del mundo, sin que falten por supuesto el judío y el árabe; es decir lo oriental y lo africano.⁸ Después de la danza, el auto más colmado de personajes es el de *Las Cortes*; habrá que saltar al siglo siguiente (XVII) para encontrarnos ya con Calderón, fértil creador de autos sacramentales henchidos de actores, alegorías y teología. Ni la trilogía fantástica de Gil Vicente, ni el *Diálogo de Mercurio y Carón* de Alfonso Valdés pueden compararse, por lo que se refiere al número de protagonistas, con la obra de Carvajal y Hurtado de Toledo; pero todavía mucho menos pueden hacerlo algunas otras coetáneas, por ejemplo *El coloquio de la Muerte*, de Sebastián de Horozco (1550-1580), en que aparecen la Muerte, el Papa, el Emperador, el Cardenal, el Caballero, el Escudero, el Fraile y el Labrador; la *Farsa llamada Danza de la Muerte* (1551), de Juan Pedraza, tundidor vecino de Segovia, en el cual la Muerte tampoco perdona a nadie (Papa, Rey, Pastor y Dama), en tanto que le sirven de fondo reflexivo la Razón, la Ira y el Entendimiento. Habría que añadir todavía la *Farsa de las Cortes de la Muerte* (en la que dialogan fúnebremente la Muerte, un Poeta, un Viejo y un Galán); y la *Danza* de A. Lasso de la Vega, en la que dialogan fúnebremente los personajes de costumbre, en la cantidad y calidad habituales. Por lo que se refiere a *Las Cortes de la Muerte*, a continuación va el elenco, en el que podría advertirse, a poco que se le examine, en qué consistió para su tiempo y en qué consiste para el nuestro su novedad y diferencia respecto a los autos anteriores:

⁸ Estamos al tanto del error geográfico; mas para un español, aun hoy, lo árabe es lo moro, y la localización tradicional de esto se encuentra en el norte de África.

Minuta de personajes por orden de aparición

<i>Laicos</i>	<i>Eclesiásticos</i>	<i>Simbólicos</i>
Pastor	Ermitaño	Muerte
Caballero	Ángel de la Guarda 1o.	Dolor
Rico		Tiempo
Milón	Ángel de la Guarda 2o.	Satanás
Brocán		Carne
Pobre	Obispo	Mundo
Juan	San Agustín	Vejez
Casado	San Francisco	Juventud
Viuda	San Jerónimo	Culpa
Juez	Santo Domingo	Caronte
Letrado	San Hierónimo	Cloto
		Láquesis
		Atropos
Médico	(<i>cfr. supra?</i>)	
Labrador	Fray Remigio	
Durandante	Fray Macario	
Pie de Hierro	Monja	
	Beatriz (<i>mujer mundana</i>)	
	Heráclito (<i>filósofo triste</i>)	
	Demócrito (<i>filósofo alegre</i>)	
	Cacique indio	
	Indio 1o.	
	Otro indio [2o.]	
	Otro [3o.]	
	Otro [4o.]	
	Otro [5o.]	
	Don Moysén	
	Don Farón	
	Don Micén	
	Jarique	
	Arfaraz	
	Vasco Figueyra (cristiano portugués)	
	Moza	
	Autor	

(El problema que nos presenta Lutero, en virtud de nuestra clasificación, lo resolvemos poniendo a este personaje aquí, aparte, junto con los Procuradores, Asesores, Maceros y “Malditos”.)

El relato

Tendremos que pasar por él rápidamente, pues el objeto de nuestro estudio es fundamentalmente la escena XIX; es a saber, la de la presentación de los indios en las Cortes. Sin embargo, como no la podemos estudiar aislada, desconectada del todo, porque en tal caso se perdería la visión de conjunto en la que dicha escena no es sino una pieza más encajada en el auto (aunque para nosotros sea ahora decisiva y principal), habremos de referirnos al desarrollo argumental de la primorosa pieza, si bien con cierta brevedad.

Consta el auto de *Las Cortes de la Muerte* de veintitrés escenas o “representaciones”, como ya se ha dicho. Hay un introito recitado por el Ermitaño, en el cual se pregona a los espectadores que la Muerte “llamará a sus Cortes a todas las naciones y Estados”. La Muerte –añade el tétrico Ermitaño para poner en expectación terrible al auditorio– “viene a hacer / Cortes y acortar camino / a muchos que piensan ser / larga su estrella y su sino” (introito).

A oídos de la Muerte temporal ha llegado la noticia de que el linaje humano, harto de pagarle tan presto su tributo, protesta de la brevedad de la vida terrena; y la muerte, para evitar cualquier mal entendimiento, convoca entonces a todos los humanos a unas Cortes generales en las que escuchará uno tras otro los agravios y quejas de los hombres: segamiento de sus vidas. El Procurador de los estamentos pide en nombre de sus representados “aquella vida longeva de la edad primera” (esc. II); pero la Muerte contesta, con respuesta medieval, que ella no es sino un bien, porque saca a los hombres de la niebla oscura para llevarlos al altura” (*idem*). De esta suerte comienza el triste desfile de los vivos, quienes van finalizando uno tras otro en la muerte, que es su bien necesario.

Pasa el Obispo en atuendo impropio de su oficio, y no le valen nada sus quejas ante la Muerte; la que arremete también contra él, con sátira erasmista, a causa del “puñalico, del roquete, del gorsalico labrado y de la barga de soldado” (esc. III) con que se adorna el descuidado y guerrero celador de la grey simbólica. San Agustín, que está presente en las Cortes juntamente con otros santos, se siente en el caso obligado de intervenir, y le recomienda al castrense Obispo que practique las virtudes teologales y que no pleitee ni litigue ni sea codicioso (*idem*).

Pasa a continuación un Pastor buscando una oveja descarriada, y se topa con gran espanto con el “oscuro torrentero de la casa de / la muerte /”, y desfavorido pretende ponerse a salvo, mas no lo alcanza (esc. V).

Aparece el Caballero, armado de punta en blanco, arrogante y fiero, que en nombre del estado militar exige larga vida para todos los guerreros. La Muerte se lo niega y le aconseja que vaya mejor a pelear contra el mundo y sus vicios y que se deje de guerras grandes y crueles; que se deje también de “desollar a sus vasallos y que arremeta en cambio contra las ‘setas’ de herejes” (esc. VI).

Se acerca ahora el Procurador de los ricos y presenta su demanda de más larga vida para sí y los suyos; pero el de Asís, desde su sitial de juez le espeta con rigor filológico la respuesta eterna: “¡Ricos! Quiéroos avisar, / vuestra maldad sobrepuja / tanto, que querer pensar / ir al cielo, es como querer hacer / entrar / la maroma⁹ en el aguja” (esc. VII).

En su camino a las Cortes dos frailes capuchinos son asaltados y robados por dos ladrones, los cuales acusan a los frailes de “mendigones y bigardones” (esc. VIII). Esta escena es una interpolación o interludio jocoso que los autores aprovechan también para llevar harta agua a su molino erasmiano.

Tras la farsa cómica se presenta en seguida el Pobre, quien alega que, como lo es tanto, lo mejor será para él que la Muerte lo recoja, pues que él ¡cuidadito! ¿A dónde irá más en busca de la muerte? Él no se cura nada del mundo y estima el morir como remedio más seguro. Interviene santo Domingo y a modo de consuelo le aconseja que tenga resignación; que él le hace saber que la muerte ya le ronda y que a mano está ya el juicio final (esc. IX).

Tócale el turno de querellarse a la Procuradora de las monjas, monja ella misma, que en nombre de sus hermanas se queja de las “doscientas ceremonias” inútiles que tienen que aguantar en el convento; de la madre abadesa “necia, loca y desgraciada” que tienen que soportar, y de los trabajos que nunca les escasean en la casa de Dios, así como de los que no les faltan tampoco en ella por causa de la “sarna y la tiña”. Insistiendo en sus críticas los autores arremeten contra las monjas y acremente las censuran que deserten del coro y de las horas, y que abandonen la contemplación; que cercenen más que navajas sus lenguas y parloteen y se carteen de continuo en las gradas. Por último, échenles también en cara los excomulgamientos e infamias; entre otras “el secreto andar en cinta y el tirar a tantos hitos”¹⁰ (esc. X).

Por sus sufrimientos, paciencia y penas matrimoniales piden los casados menos severidad por parte de la Muerte, supuesto que ya en este mundo hacen

9 De *κάμιλος* (maroma) y no de *κάμηλος* (camello).

10 Forma anticuada de *hijos*, según decimos y escribimos hoy.

mucha penitencia; pero la demanda les niega el favor y les recuerda que por la herencia de Eva les acontecen y provienen sus trabajos y fatigas (esc. XI).

La escena XII la aprovechan Caravajal y Hurtado para criticar las costumbres de la época y zaherir los lujos, las modas, los afeites y la galanura falsa de las viudas. Fundamentalmente la sátira social se dispara y encona contra las mujeres.

Confiado en sus tretas se presentan en las cortes el Juez y el Letrado; pero sus cohechos y marrullerías legales nada pueden frente a la Muerte. Ésta les dice cuán feliz sería el mundo si desaparecieran tantos leguleyos, chupatintas y tinterillos, y comienza presto a poner en práctica su amenaza empezando por ambos (escenas XIII, XVI).

Se allegan los Médicos con sus lancetas, aljofainillas, sanguijuelas y purgantes, y la Muerte casi ni los escucha por “revolvedores de orinales”, y aun les quita la vida, porque “ellos –dice– matan más que yo”. El seráfico y dulce san Francisco no puede disimular su cólera y los llama “gente malina”, engañadora, “homicidas del Mundo” (esc. XV).

Cruza ahora la escena el Labrador, que se va lamentando con amargura de su perra suerte y de la nula estima en que todos lo tienen. Ante las Cortes solicita que, pues él se afana y suda tanto para provecho de otros, justo fuera otorgarle una vida más larga. La Muerte no le hace caso; pero sí Satanás, que tercia en el juicio declarando que todos los labriegos son unos perezosos y ladrones (esc. XVI).

La escena XVII parece ser otra interpolación jocosa; paso o jácara intercalada hábilmente para descargar sin duda la prolongada y tremenda tensión dramática acumulada en el rústico cónclave circundante. Rumbo a las Cortes pasan platicando con desgarro e injuriándose dos rufianes y la hembra de uno de ellos. Con desgaire y lenguaje bronco de germanía discuten y nos describen a la tía de la *pícara* Beatriz, a una tal Sancha la Cumplidera, a contumaz cavavera que ni a la propia madre Celestina cedía un ápice en achaques de alcahuetería.

A lo clásico tócales a su vez presentar sus cuitas a los dos filósofos: el triste y el alegre. El Gran Lloraduelos (Heráclito) arremete contra la corrompida edad del mundo y contra el trastrueque horrendo de los valores: vileza por humildad; por bondad, hipocresía; la necesidad por lealtad; lo vulgar por filosofía... (esc. XVIII). Los filósofos sienten que el mundo está al revés todo él prepósteros; fantasioso, vil, desvergonzado, codicioso e hipócrita. Mundo

lascivo y lujurioso; mundo de Mesalinas en lugar de Porcias y Lucrecias (*idem*). Resumiendo, todo el discurso desde melancólica añoranza de la fenecida ¡ay! Edad de Oro; del prístino ideal eldorádico; de la anhelada vuelta a los orígenes. Los plantas vienen a ser, pues, nostálgicos; un prenuncio de la escena XIX en la que los indios y América harán irrupción con aires de utopía condolidada. Mundo nuevo, subitáneo, puro, casi bucólico y nopalera (admirable sustituto este último de los pastoriles frutos de las clásicas y robustas encinas). Es éste un mundo sin poluciones ni vanidades, de inocencia plena: mundo candoroso, indoccidental y, por ende, americano. Pero dejamos intencionalmente suspenso al relato (esc. XIX), para trasladarlo íntegramente al final de este capítulo. Incluirlo ahora sería desaprovechar un estupendo fin; cosa que no queremos que acontezca, puesto que dicha escena constituye la parte medular de nuestro texto y el motivo central de nuestra inquisición histórica.

En unas Cortes convocadas por una Muerte tan muerte y tan española como la de *Las Cortes de la Muerte*, no podían faltar moros y judíos. Unos y otros se enzarzan en pintorescas controversias teológicas, de las cuales no salen muy bien parados, que digamos, Mahoma y los hebreos –especialmente el Profeta– (esc. XX).

Carleando llega a las Cortes el Viejo, y pretende que la Muerte le alargue el plazo a cuenta de la experiencia vivida: no le valen razones y se lo lleva a la Descarnada. Impetuosa irrumpe a su vez la Juventud, y en nombre de la “flor del mundo” expone su demanda: de nada le sirven sus arrogancias juveniles y sus fogosos argumentos (escenas XXI y XXII).

Por último, en apoteótico y gemebundo final de duelo, anuncia la Muerte a todos la inminente llegada del Anticristo, nacido en Babilonia; el descenso de Elías y Enoc; la muerte de ambos en lucha contra el Anticristo, y vencimiento final de éste por las huestes de san Miguel, y el arcángel y alférez de Cristo (esc. XXIII). Acto seguido, Satanás y Caronte pescan a Lutero por el cogote y se lo llevan al quemadero. En tanto que acontece la quema, penetra el Autor, demanda la venia, se adelanta y recita unas quintillas de desagravio en las que solicita los aplausos y la benevolencia del público. La Muerte, empero –interpolemos nosotros–, no se traga el anzuelo, y en adivinando el truco, apercuella al autor y se lo lleva también con los otros al “oscuro”; allí donde de nada le han de valer ni nuestra indulgencia graciosamente acordada, ni nuestras palmas con derroche y estruendo concedidas: Amén.

III

El texto

Escena XIX

Cacique indio, Muerte, san Agustín, san Francisco, santo Domingo, Satanás, Carne y Mundo.

Cacique (tañen trompetas y entran los indios).

- | | | | |
|----|--------------------------------|----|--------------------------------|
| 1 | Los indios occidentales | 25 | no vemos con qué pagar. |
| | y estos caciques venimos | | Mas qué casos son tan crudos, |
| | a tus cortes triunfales | | tú, Muerte, nos da a entender, |
| | a quejarnos de los males | | que cuando a los dioses mudos, |
| 5 | y agravios que recibimos, | | bestiales, falsos y rudos |
| | que en el mundo no tenemos | 30 | adorábamos sin ser, |
| | rey ni roque que eche aparte | | ninguno nos perturbaba |
| | las rabias que padecemos; | | de cuantos en nuestras tierras |
| | y por tanto a ti queremos, | | ha pasado ni pasaba, |
| 10 | Muerte, dar quejas del arte | | ni mataba ni robaba, |
| | pues tú sola, qu'es razón, | 35 | ni había crudas guerras. |
| | sabrás que siendo paganos | | Y agora que ya ¡cuitados! |
| | y hijos de perdición; | | nos habíamos de ver |
| | por sola predicación | | un poco más regalados, |
| 15 | venimos a ser cristianos. | | por sólo tener los grados |
| | Como habrás oído y visto | 40 | de cristiandad en tal ser, |
| | seguimos ya la doctrina | | parece que desafueros, |
| | y la escuela y disciplina | | homicidios, fuegos, brasas, |
| | del maestro Jesu-Cristo. | | casos atroces y fieros, |
| 20 | _____ ¹¹ | | por estos negros dineros |
| | y estamos ya tan ufanos | 45 | nos llueven en nuestras casas. |
| | con la merced singular | | ¡Oh, Dios, y qué adversidades |
| | de habernos vuelto cristianos, | | son estas! ¿No entendéis esto? |
| | que a los Altos Soberanos | | ¡Pagar con mil crueldades |

11 Falta un verso en esta quintilla.

- todas las necesidades
 50 del mundo! Di ¿Q'es aquesto?
 ¡Cómo! ¿Estamos obligados
 que todo género humano
 enriquezcamos ¡cuitados!
 y tras esto aperreados
 55 y muertos de ajena mano?
 ¿No nos basta proveer
 las miserias de parientes,
 las de hijos y mujer,
 sino haber de sostener
 60 las de todas esas gentes?
 ¿Quién nunca vido al inglés,
 ni al húngaro, qu'es de porte
 ni al bohemio, ni al francés,
 ni al español, ni ginovés,
 65 debajo del otro norte?
 Por ventura ¿han acabado
 todo el mundo despojar,
 que cosa no haya quedado,
 pues que con tanto cuidado
 70 nos vayan allá a buscar?
 ¿Y cómo aquellas riquezas
 de aquella felice Arabia,
 Tarsis, Sabá y sus riquezas
 no han hartado las bravezas
 75 de aquesta rabiosa rabia?
 Los rubíes rutilantes
 de Narsinga tan reales,
 los zafires y diamantes
 ¿no han bastado a estos gigantes
 80 sin buscar nuestros metales?
 ¡Pues, mezquinos! ¿a dó iremos
 huyendo del mal gobierno,
 que más gente no enviemos
 si a nuestra ley no volvemos
 85 a las penas del infierno?
 ¡Oh hambre pestilencial
 la de aqueste oro maldito,
 y deste gente bestial
 hacen tamaño caudal
 90 de tal malvado apetito!
 Una cosa que les damos
 de buena gana, o en paz,
 porque allá no lo estimamos
 en tanto, ni reputamos
 95 por causar males azaz.
 Que aunque la India es tenida
 por simple, cierto no yerra
 en despreciarlo, y lo olvidad;
 que al fin es tierra cocida
 100 en las venas de la tierra.
 ¿Qué campos no están regados
 con la sangre, que a Dios clama,
 de nuestros padres honrados,
 hijos, hermanos, criados,
 105 por robar hacienda y fama.
 ¿Qué hija, mujer ni hermana
 tenemos que no haya sido
 más que pública mundana
 por esta gente tirana
 110 que todo lo ha corrompido?
 Para sacar los anillos
 ¿qué dedos no se cortaron?
 ¿Qué orejas para zarcillos
 no rompieron con cuchillos?
 115 ¿Qué brazos no destrozaron?
 ¿Qué vientres no traspasaron
 las espadas con gran lloro?
 Destos males ¿qué pensaron?
 ¿Que en los cuerpos sepultaron
 120 nuestros indios su tesoro?

Otro indio

¡Cómo! ¿Por haber venido
a la viña del Señor
a la tarde, es permitido
que a los que él hubo querido
125 roben, maten sin temor?
Pues ellos han predicado
que tanto dio a los postreros
que en su viña han trabajado,
como a los que han madrugado
130 y salieron los primeros.
¡Qué ley divina ni humana
permita tales molestias,
que una gente que es cristiana,
y a que a Dios sirve de gana
135 la carguen como a las bestias!
¿Quién nunca tal vio, mortales?
Me decid, que es compasión
que me sirvan de los tales
como de unos animales
140 brutos y sin más razón.

Cacique

¡Oh, Partos, cuán bien curaste
a Creso, aquel capitán
que por la boca le echaste
tanto oro, que mataste
145 aquella sed, y alquitrán!
Desta misma medicina
debiéramos, cierto, usar
con esta hambre canina,
tan fundada en la rapiña
150 y que tanto ha de amargar.
¿Qué locuras son aquestas?
¿Piensa esta gente en el suelo
que del oro hace fiestas,

que ha de ir con la carga a cuestras
155 como galápago al cielo?
Pues tenemos entendido
que si no lo renunciare,
que todo es tiempo perdido,
y perderá lo servido,
160 si de tal carga cargare.
Por ventura como acá
hay tanto y tan grande letrado,
otra cosa alcanzan ya;
pero a nosotros allá
165 así nos lo han predicado.

Otro

También allá han voceado
que la ley y los profetas
penden en que Dios sea amado,
y el prójimo no injuriado;
170 Y estas son las vías retas.
Pues ¿cómo es esto, Señora?
Y éstos apregonan vino
y venden vinagre ahora,
despojando cada hora
175 al indio triste, mezquino.
¿Cómo se puede sufrir
entre cristianos tal cosa
(ni aun bárbaros sé decir),
y la tierra no se abrir
180 en cosa tan espantosa?

Cacique

Imágenes de oro y plata
no hacemos; que hemos visto
que esta gente no lo acata,
antes lo roba, arrebatá,
185 aunque fuese el mesmo Cristo.

Venimos determinados
dejar los hijos y tierras,
y buscar ya, ¡desdichados!
los desiertos apartados
190 do no nos fatiguen guerras;
donde no haya pestilencia
de oro, ni su maldad
que perturbe la conciencia;
donde justicia y clemencia
195 puedan tener libertad.
¡Oh, tierra tan malhadada!
¡Quédate allá con tu oro;
déjanos, ¡desventurada!
pasar la buena jornada
200 sin tanta zozobra y lloro!
No nos robes el sosiego,
corazón y libertad,
pues están libres de fuego;
y jamás digas (te ruego)
205 ser hijos de tu maldad.
¡Cómo! Y por habernos hecho
tan gran merced en mostrarnos
aquel camino derecho
para el cielo, y tal provecho,
210 ¿se entiende que han de asolarnos?
Tolomeo, que heciste
tan gran suma y tal conducta
de nasciones, y escribiste
dí ¿cómo no nos pusiste
215 en tu registro y minuta?
Antiguos que trastornaste
al mundo y al retortero
le trajiste y pintaste;
y ¿cómo nos olvidaste
220 (os pregunto) en el tintero?
¿Cómo no diste noticias

de nuestras tierras? (os pido).
Síguese que la malicia
destos males y cobdicia
225 mas que todos ha sabido.
Pues date prisa a criar
mucho oro, ¡oh, triste tierra!
porque te quiero avisar
que hay cobdiciones sin par
230 que te han de hundir con guerra.
Huye pues, entendimiento,
por no contar más maldades
que de aquesta gente siento,
y aquel gran corrompimiento
235 de leyes y de bondades,
aquel jugar al terrero
con los que saben y entienden
que tienen oro y dinero,
¡Oh, mi Dios, tan verdadero,
240 y en cuantos modos te ofenden!

Otro indio

No pensábamos allá
que había en el mundo gentes
tan perversas como hay ya:
todos los males de acá
245 nos fueron y están presentes.
¡Cuánto holgamos que prendan,
ahora en tiernas edades,
nuestros hijos, maten, hiendan;
porque no sepan ni aprendan
250 tantos insultos, maldades!
¿Quién vio nunca en nuestras tierras
arcabuz, lanza ni espada,
ni otras invenciones perras
de armas para las guerras,
255 con que sangre es derramada?

Nosotros que ciertamente
nos juzgábamos dichosos
por vivir allá en poniente,
do no hay estruendo de gentes,
260 ¡somos los más revoltosos!

Cacique

Antes creo, por pensar
que a ninguno mal hacemos,
ni solemos enojar,
todos nos van a tomar
265 la miseria que tenemos.
Vayan a esas amazonas,
que bien defienden su roca
como varones personas;
y no a unas tristes monas
270 a quien todo el mundo coca.
¿Qué injuria, o qué villanía,
o qué deshonra o despecho,
le habemos hecho hoy día
porque tal carnicería
275 hagan en nos, como han hecho?
¿Robámosles por ventura
sus campos, sus heredades,
sus mujeres? ¿Qué locura
es esta, y tal desventura
280 de tantas enemistades?

Otro indio

Desa que llaman riqueza
esa gente tan sedienta
se cargue, y de su vileza;
que nuestra naturaleza
285 con muy poco se contenta.
A los que allá van tocados
de aquea maldita roña,

carga de vasos preciados
do beberán los cuitados
290 aquel tósigo y ponzoña,
que nosotros no buscamos
más riquezas ni heredades;
con esto nos contentamos,
con saber que sojuzgamos
nuestras propias voluntades.
295 Y ésta tenemos allá
por muy gran filosofía
y cristiana. No sé acá.
Cómo no se siente ya.
300 Cierto; sabello querría.

Cacique

Pues sólo resta saber
si en estas cortes tan dinas
se pudiese proveer,
como quitar el poder
305 destas gentes y rapiñas.
Y si no hay para qué,
no nos espere más día;
mas antes nos da tu fe
llevarnos, y luego ve
310 al librar tal tiranía.

Muerte

¡Oh! cuánta razón tenéis
de quejaros, mis hermanos,
dese mal que padecéis,
porque no lo merecéis,
315 especial siendo cristianos.
Mas sabé qu'es necesario
venga escándalos y guerras,
y tiempo adverso y contrario;
mas ¡ay del triste adversario

320 por quien vienen en las tierras!
Todo lo tened en nada,
pues ha placido al señor
daros en su iglesia entrada,
y seáis de la manada

325 de tal rebaño y pastor;
y pues él os libró ya
de otros demonios mayores
que os quieren tragar allá,
creedme que os libraré
330 destos lobos robadores.
Servid a Dios, mis hermanos,
con corazón limpio y puro,
agora que sois cristianos;
y guardaos destos tiranos,
335 que rondan ya vuestro muro.
No creáis cosa que os digan;
catad que son pestilencia
del alma y los que la ligan
y a los tormentos la obligan
340 si no hallan resistencia.

San Agustín

Hermanos, pues sois del bando
de Cristo, os quiero avisar
que ora es día, y vais obrando;
que verná la noche, cuando
345 ninguno podrá ya obrar.
Ora que hay tiempo y razón,
tené el tiempo por la frente;
ya sabéis la condición,
que es velar; y no es razón
350 que se os vaya eternamente.

Santo Domingo

La palabra divinal

oíd siempre, mis amados,
que es medicina real,
y veo muy cierta señal
355 para ser predestinados.

San Francisco

Porque siempre vais bebiendo
de los divinales ríos,
como yo espero y entiendo:
sobre todo os encomiendo
360 los pobres, hermanos míos.
¡Oh indias, pluguiera a Dios
que vuestra tierra cocida
y oro no diérades vos;
pues por ella hay entre nos
365 tanta multitud perdida!
Porque cuanto allá se afana
con trabajos, con pendencias,
no hay médico que lo sana,
que, al fin, fin, cuanto se gana
370 va con muy malas conciencias.

Santo Domingo

¡Oh cuán pobre fundamento
armará aquel que hiciere
gran mayorazgo de viento
sobre coluna y cimientto
375 del abismo, cuando muere!
¡Dolor de los herederos
que en él han de suceder,
y de sus negros dineros;
que sus pompas y mineros
380 tan caras les han de ser!
Di India, ¿por qué mostraste
a Europa esos metales
falsos, con que la llevaste,

y después nos la enviaste
385 cargada de tantos males?
¿No le bastaban las minas
de pecados que tenía
tan profundas y continas
sino cargarla de espinas
390 con que mata cada día?
¡Oh India, que diste puertas
a los míseros mortales
para males y reyertas!
¡Indias, que tienen abiertas
395 las gargantas infernales!
¡India, abismo de pecados!
¡India, rica de maldades!
¡India, de desventurados!
¡India, que con tus ducados
400 entraron las torpedades!

Satanás

¡Cómo! y ¿piensan de estorbar
que las gentes no pasasen
a las Indias a robar?
Y ¿qué negro pie de altar
405 cogerán si lo pensasen?
¿No saben que es el caudal
y la mejor granjería
de la región infernal?
mas, en fin, el oro es tal,
410 qu'es piedra-imán que traía.

Carne

Hermano, ¿no ves las galas
del mundo fuera de ley;

cuántos palacios y salas
y a cada ruin nacen alas
415 de vestirse como el rey?
Pues, ¿cómo pueden sufrirse
si no van allá a buscar
para el comer y vestirse
y si no dejan morirse,
420 que acá no hay de lo ganar?
Las mujeres bastan solas
a echar allá a sus maridos;
que como unas amapolas,
andan ya con largas colas
425 en sus trajes y vestidos.
Sustentadlas por ahí,
si la India no provee;
que no hay un maravedí,
si no van por ello allí
430 y allá los quiero: (me cree).

Mundo

¡Gran cosa es la libertad
y estar libres de mujeres
y de hijos, en verdad!
La India gran calidad
435 tiene para los placeres.

Carne

El vivir allá es vivir;
que acá no pueden valerse.
Lo que yo te sé decir,
que pocos verás venir
que no mueren por volverse.

IV

El indio y *las Indias* en la conciencia histórica popular española

¿Novedad?

Esta obra dramática, cuya acción, como apunta Valbuena, no se desarrolla de un modo lógico o argumental, tiene sin embargo para nosotros un gran valor como testimonio histórico americano gracias a la escena XIX.¹² En las nóminas de personajes que hemos puesto, el lector habrá reparado, por lo que se refiere a la de *Las Cortes de la Muerte*, en una inclusión original que la diferencia de las otras. ¿Pero, y aquí nos asalta la duda, la originalidad *indianista* que advertimos representó para su tiempo una auténtica novedad? Recuérdese que ni Don Quijote cayó en la cuenta de la extrañeza, cuando lanza en ristre desafiara a la compañía de Angulo el Malo y correteara por los campos manchegos a los cómicos del carro de *Las Cortes de la Muerte*.¹³ Ni siquiera reparó, pues, en el que personificaba al Cacique: ora porque a Cervantes le pasara desapercibido; bien porque el Caballero de la Triste Figura ni siquiera de modo simbólico quiso arremeter contra los archimolidos indios.

Líneas arriba hemos escrito novedad, y bueno será saber lo que entendemos por ésta, pues que a poco que comencemos a analizarla nos encontramos con que hay tres tipos de ella en nuestro autor. Resulta sumamente instructivo comprobar que la novedad, por un lado al menos, sólo existe para nosotros. La obra (escena XIX) no acusa una conciencia de novedad frente al abordaje de lo indígena; sin embargo, aunque parezca paradójico, la presencia de los indios en el drama evidencia seguramente lo nuevo; es decir la incorporación del indio, en pie de igualdad humano-social, como protagonista de la historia. Pero lo curioso del caso es que esta novedad histórico-literaria que hoy reconocemos en la pieza no fue temáticamente expresa, aunque sí tácita en cuanto

12 Valbuena y Prat, *Historia de la literatura española*, v. I, p. 640.

13 Don Quijote persiguió a la Muerte, al Emperador, al Diablo, al Ángel, a la Reina, a Cupido y a “otras personas de diferentes trajes y rostros”. Entre estos últimos estaban sin duda los indios. Por lo que se refiere al diosecillo griego, Cervantes confundíase con el auto también de Carvajal, *Las Cortes de Casto Amor*.

a la época en que se escribió. La aporía entre la presencia real de algo que la conciencia rechaza como nuevo se resolvió en este caso por la fórmula de la *no-novedad* o, dicho sea mejor, de la novedad ya familiar. Dicha fórmula sería la trampa lógica para reacomodar o encajar la novedad americana sin que ésta desentone; sin que ésta desajuste el esquema tradicional. El recurso de utilizar la fórmula de la *no-novedad* era históricamente legítimo, verdadero, y necesario so pena, en caso contrario, de poner en peligro los propios cimientos de la fe cristiana. Había que hacer partícipe al pueblo español de la novedad indoamericana, sin que acusase al pueblo español de la novedad indoamericana, sin que acusase el golpe de extrañeza que produce siempre lo nuevo e insólito. Los indios aparecerán, por consiguiente, en escena sin previo anuncio justificatorio; simplemente aludidos muy alambicada y metafóricamente por los dos filósofos helenos. La escena XIX queda así encajada intencionalmente entre el mundo pagano y el oriental y africano representado por judíos y moros (escena XX); un modo no casual que tiene su antecedente en la cartografía americana de los primeros tiempos. En suma, en ambos casos lo americano queda mechado en la vianda tradicional; embutido, conciliado con la verdad ya revelada y familiar.

Insistamos en lo dicho acerca de la fórmula de la *no-novedad*; la novedad indoamericana se presenta con la máscara teológica de lo ya sabido. Se trata de hallarle lugar a lo imprevisto en lo previsto; a lo insólito en lo sólito. La inclusión y acomodamiento de lo indio en el auto se realiza sin violencias y sin explicaciones previas.

Por supuesto, lo anterior no excluye la curiosidad natural del pueblo; la desazón promovida por una otra novedad que vamos a llamar física. Hay que admitir que efectivamente existió la expectación psicológica popular; mas no la conciencia histórica de ella. En definitiva, el indio podrá llegar a ser un ente nuevo en la escena; pero jamás lo será ante la mente del pueblo, que solamente lo podrá pensar en el carácter de ente inextricable e innovo: la extrañeza, la *novedad que ya es familiar* de que hablábamos líneas arriba, pie forzado de la Creación.

Espacio y tiempo

Como ya dijimos cuando escribimos acerca de la historia en el teatro, en los dramas y autos de corte medioeval el espacio y el tiempo son metahistóricos,

supratempoespaciales. Únicamente así era posible que lo histórico no amenazara a lo transhistórico. La acción del drama: a saber, la acción de las Cortes transcurre en la allendidad eviterna, peculiar mundo en donde las travesuras de los anacronismos se anulan. Filósofos griegos y Padres de la Iglesia pueden hacer acto de presencia en las mismas Cortes e incluso dialogar papo a papo con los indios, gracias a que las exigencias históricas reales quedan anuladas. Sin embargo, el tema indiano resultaba ser tan hondo, tan entrañable e histórico, que ora entre líneas, ora abiertamente, la acción del drama baja a la aquendidad, al escenario histórico del aquí y del ahora: a las Indias, a América en suma. El escenario se transforma en un *topos* utópico; en una tierra de nadie situada entre dos líneas: la precedera y la eterna; entre cielo y tierra; entre lo real y lo ideal.

Al censurar el Cacique el anticristiano afán de riquezas, establece un paralelo entre lo que se les había predicado a los indios “allá” y lo que se entendía por ello “acá”. Ambos adverbios aluden bien claramente a Europa (es decir a España o, por mejor decir, al mero lugar en donde los aldeanos atendían a la representación) y a América.¹⁴ Es más, en ninguna escena se alude tan concretamente como en la XIX a un espacio y tiempo reales históricos, americanos. Las apóstrofes de san Francisco, de santo Domingo y de Satanás a las Indias (vs. 361, 381, 391, 394, 396-399 y 403) apuntan a un mundo concreto; los *allá* se repiten bastantes veces, y con frecuencia los míseros indios se lamentan de los males que sufren en “nuestras tierras” (vs. 32, 45, 222, 251). El Cacique se refiere también a la simpleza de la India (v. 96), con lo cual se ve que el tremedal utópico indiano se condensa y asegura tantas veces como se hace necesario recurrir a la unidad espaciotemporal. Tenemos, por consiguiente, dos planos de desenvolvimiento dramático que se yuxtaponen e intercalan: el transhistórico y el histórico. El primero es el que hace posible la acción, el diálogo, el codeamiento de los personajes en un mundo sin tiempo ni espacio reales; el segundo plano resulta por fuerza sumamente concreto e histórico en la serie de alusiones. Juntamente ambos planos pueden entremezclarse dramáticamente y hasta confundirse porque la fórmula ya señalada asegura la inmovible seguridad del esquema dogmático, y evita el peligro histórico de una originalidad auténtica resquebrajadora del mundo conceptual católico.

¹⁴ Cfr. versículos 161-165.

Imagen racional y social del indio

Resulta sumamente ilustrador y emotivo comprobar cómo los principales temas americanos prendieron no únicamente en la conciencia de los españoles cultos y representativos del siglo XVI, según ya hemos dicho, sino asimismo en la conciencia lugareña zafia y ruda. Las capas populares de la España habsburguiana toman contacto con aquellos temas, se interesan por ellos, los discuten incluso y se confeccionan su verdad merced al auto de *Las Cortes de la Muerte*; y de nuevo, recuérdese al respecto que bien avanzado el siglo XVII la carreta de Angulo el Malo todavía hacía la legua por esos pueblos de Dios representando el auto y llevando con él su mensaje americano por todos los rincones de España. Aunque no todos los grandes problemas que se refieren a las Indias y al indio se hallan incluidos en la escena XIX del auto, por lo menos están algunos de los principales. Abordemos primeramente el que creemos que es esencial en la escena susodicha, el que se refiere a la entonces tan debatida cuestión sobre la capacidad racional de los indios. Hay en las Cortes una doble respuesta: la implícita y la explícita.

a) Respuesta implícita

Como ya dijimos, el Cacique y los indios aparecen en el auto codeándose con los filósofos y con los Padres de la Iglesia; síguese de aquí que la categoría humana del indio quedaba reconocida desde el momento en que éste podía exponer sus cuitas y relatar sus lacerias en el mismo nivel humano que los demás personajes convocados. Para la palurda concurrencia, la lección era convincente: aquellos escénicos indios occidentales representaban a los verdaderos que allá en las Indias convivían humana, pero mísera y cristianamente con los extorsionadores españoles. Mas la sencilla lección no se quedaba en esto; el auditorio había oído desde que el Ermitaño recitara sus introitas quintillas de presentación, que a aquellas *Cortes* congregadas por la Muerte iban a asistir todos los *Estados* y *naciones* del mundo. Siendo así, veamos qué connotación política o ciudadana poseían entonces tales palabras:

- 1) Entendíase por *Cortes* "el Ayuntamiento y Junta de los Procuradores de las Ciudades y Villas, que tienen voto, para proponer y decretar lo que parece convenir al Rey y al Reino, y para concederle los servicios ordinarios y

extraordinarios”. Y en la *Nueva Recopilación de Leyes del Reino* (lib. 6, tít. 7, 1. 4; *cfr. Diccionario de Autoridades*, t. II (C), p. 628) se lee al respecto lo que sigue: “Los procuradores que nos enviaremos a llamar para las vuestras Cortes ordenamos que sean enviados, tales cuales las Ciudades y Villas de nuestros Reinos entendieron que cumple a nuestro servicio, y al bien y pro común de las dichas Ciudades y Villas.”

- 2) Por *nación* se definía “La colección de los habitantes en alguna Provincia, País o Reino” (*cfr. Diccionario de autoridades*, t. IV (G-N), p. 644).
- 3) Y por *estado*, dejando a un lado la acepción estrictamente política y también la que se refiere a los tres brazos de un reino, se concebía entonces “la especie, calidad, grado y orden de cada cosa; y por ello en las Repúblicas se distinguen, conocen y hay diversos estados, unos Seculares y otros Eclesiásticos, y destos los unos Clérigos, los otros Religiosos, y de los Seculares propios de la República, unos Nobles y Caballeros, otros Ciudadanos, unos Oficiales, otros Labradores, etcétera, y cada uno en su estado y modo de vivir tiene orden, reglas y leyes para su régimen (*ibidem*, t. 3 (D-F), p. 623).

Claro es que no se escatimarán dudas maliciosas acerca de la comprensión legal de tales fórmulas jurídicas en la conciencia de los villanos asistentes. Con todo no vendría mal traer ahora al recuerdo del lector hispánico el profundo y vívido sentido medioeval de los fueros y libertades municipales que, entre otras muchas, hicieron posible las autodeterminaciones concejiles en Fuente Ovejuna y Zalamea. Así, la rústica asamblea que presenciaba el auto poco o nada sabía de leyes; pero bien se le alcanzaba que a unas Cortes únicamente pudieran concurrir hombres representativos y no bestias. Va de suyo que la asamblea teatral pueblerina reconocía en aquellos indios la calidad humana sin necesidad de discurrir sesudamente, ni de hacer conciencia erudita de los atributos racionales acordados liberal o regateadamente por los sabios y teólogos. Al pueblo le bastó con verlos sobre el tablado, verlos moverse, razonar; o dicho sea el modo campirano: teniendo uso de razón. Si alguna duda pudo ensombrecer la conciencia labriega de la época fue la de la reciente y dudosa conversión de los indios. Para el cristiano viejo la ortodoxia indiana dejaría mucho que desear; tal vez asimismo para el ardiente celo de los novocristianos; pero a este respecto se nos viene a la mente el recuerdo del ardor catecumenado excesivamente cómico del que se hace gala en el

Retablo de las maravillas cervantino. Mas estos recelos, si los hubo, no cuestionaban ni ponían en entredicho la categoría humano-racional de los indios, sino en todo caso la sinceridad y penetración con que aceptaban éstos la nueva fe. Pero si ellas no fueran razones suficientes, obsérvese que en el propio texto del auto hay dos estrofas que francamente se refieren a la naturaleza humana de los indios (vs. 139-141).

b) Respuesta explícita

Nada sabemos por desgracia sobre el atuendo simbólico que vestirían los cómicos encargados de representar los papeles de indios; con todo, sí conocemos por el propio auto cuáles eran las características que adornaban al hombre indooccidental o americano. El indio que se representa es un ser civilizado; es decir el ente mansuetísimo, humildísimo, simplísimo y pacientísimo que Las Casas y los primeros documentos americanos dejaron estereotipado. Si se recuerda que Carvajal estuvo en Santo Domingo, y que la *Brevísima* relación se imprimió en Sevilla en 1552, nada de extraño tendría una cierta influencia adjetival y conceptual lascasasiana en el auto; influencia que puede sopesarse con motivo de las lamentaciones de los indios por su mísera suerte. Empero nuestro objetivo únicamente alcanza a señalar tal seguro influjo, y nos desinteresamos, pues, por todo estudio comparativo entre los textos.¹⁵ Lo único que nos toca añadir es que el auto respondió muy bien al clima de su tiempo; a una de las corrientes interpretativas de opinión, en este caso popular, forjada por entonces en torno al manso, cándido y desgraciado indio. En resumen, se trata del hombre natural; del hombre puro indooccidental ajeno a las maldades de la férrea edad que atravesaba el mundo. Hombre exento de codicia y sed de oro (vs. 86-100); extraño a las crudas guerras (vs. 35); inerme y dichoso (vs. 251-260); incapaz de hacer mal (vs. 262); inofensivo: "triste mona a quien todos tocan" (vs. 269-270). Este hombre prerrousseauiano, feliz e inocente, se compadece muy bien con el escenario natural, idílico e indooccidental donde se desenvuelve. Pero de aquí no puede implicarse ninguna señal de barbarie o salvajismo para el indio; ninguna merma o menoscabo de su humanidad.

15 Véase sobre el influjo lascasasiano indianista, en Concha Meléndez, *La novela indianista en Hispanoamérica (1832-1889)*, Madrid, Universidad de Puerto Rico/Hernando, 1934 (especialmente el capítulo I).

Esta discusión podría quedar bien entre teólogos y jurisperitos; pero no entre aldeanos para los cuales los alegatos y protestas de los indios eran razones lastimeras bien convincentes que de antemano concedían la categoría humana al plañidero; razones asimismo muy comprensibles dado que se referían al eterno problema de las injusticias sociales, a la constante mancilla y opresión de los de abajo por los de arriba.

A este propósito bueno será advertir que precisamente en las quejas de los indios contra sus explotadores se funden la vieja idea cristiana y católica de la posibilidad de salvación para *todos* los hombres, y la no menos rancia y castellana del rasero justiciero y popular, democrático e igualitario al que ya aludimos cuando nos referimos al mensaje social contenido en las *danzas* y *cortes* de la Muerte. Repárese también en que los indios protestan vivamente en el auto en nombre de su recién adquirida fe cristiana (vs. 36-45); cosa que resulta un tanto insólita porque la reclamación adquiere entonces un tinte novedoso que recubre el cuerpo tradicional; un matiz, pues casi antiaristotélico, y por consiguiente apuntado contra lo escolástico-tomista (sepulvediano) y lo aristocrático. Se trata en suma, del rechazo, ni más ni menos, del concepto teológico-social de siervos a natura: vino nuevo en los viejos odres, como lo es todo el auto, expresión nueva en el marco de lo medioeval y habitual. La protesta, aunque realizada al modo tradicional, no deja de poner en duda, por el hecho mismo de ser expresada por los indios, la legitimidad del grado de servidumbre (Aristóteles la llamó esclavitud) entre los hombres. Los indios reclaman justamente la igualdad del trato humano porque ya poseen la posibilidad de la igualdad trascendental. El espaldarazo de plena humanidad acordado a los indios por la conciencia popular española (reflejada en *Las Cortes de la Muerte*) es cosa que no puede ponerse en duda a la vista del auto. Pero aún hay más, los alegatos de los indios se asemejan en su fondo social a los del procurador de los labradores. La respuesta que se les da a unos y a otros es la del camino tradicional de la resignación y de la alusión a la muerte liberadora y al inminente fin del mundo; sin embargo, Satanás no se recatará en llamar a los labradores ladrones, porque éstos a la hora de la cosecha dan “trechas de lo más sucio” para hurtar y evitar diezmos, terrazgos, soldadas, y demás gabelas (esc. XVI). Y aunque los mesegueros replican a modo de defensa que a la hora de la cosecha “deben más de lo que cogen”, san Hierónimo interviene para aconsejarles que tengan paciencia y disuadirlos de que quieran hacer pasar y valer sus afanes, trabajos y sudores por “martirio”. Los

labradores, naturalmente, ni siquiera intentan invocar, como lo harán los indios, su calidad cristiana como lenitivo y defensa de su situación social, y lo curioso es que los autores de la pieza se atrevieran a hacerlo imaginativamente situándose en la orilla utópica indiana y ni en la real de España: lo que era factible realizar en el plano teórico no convenía aceptarlo en el práctico, y menos expresarlo sin cortapisa en este campo. Labradores e indios podrán, pues, a causa de la igualdad trascendental exigir un mejoramiento en la condición social; no obstante serán los indios los únicos que se atreverán a hacerlo. A los dos se les aconsejará paciencia y resignación, la eterna cantinela cristiano-medioeval; pero a los labradores se les increpará además y se les echará en cara, con desprecio aristocrático, sus latrocinios de grano. Condenación tradicional y caballeresca en defensa del *status* medioeval de la servidumbre por naturaleza, de la cual se exime a los indios, siendo que si lo hubiesen deseado los autores hubieran hallado más que estereotipadas razones no sólo para reducir a los indios a la servidumbre natural, como lo argumentara pía y *cristianamente* el aristotélico y tomista Doctor Sepúlveda, sino también para incluso rebajarlos a la escala de la barbarie deshumanizadora.

Dialéctica de lo indio

En la escena XIX de *Las Cortes de la Muerte* están representadas y se entrecruzan todas las corrientes conceptuales relativas al tema de la condenación o salvación del indio y de las Indias. Mas si se desea mayor precisión tendremos que añadir que en él se hallan fundamentalmente dos corrientes de opinión; la tradicional y la moderna. La queja, el alegato indiano por el mal trato pertenece a la corriente popular (es decir, a la opinión creada por el propio pueblo español), cuyo origen se confunde con la vieja postura tradicional y cristiana: paciencia y resignación; felicidad transterrena a los que se hallan en la orilla redentora de la fe cristiana. Esta corriente nada tiene que ver con la defensa modernista del padre Las Casas, quien postuló a un indio de suyo poseedor de ciertos derechos naturales con absoluta independencia de su regeneración cristiana. Las quejas de los indios pertenecen, pues, al plano tradicional, están dentro de él; la defensa del indio parte por consiguiente del supuesto tradicional, está montada precisamente sobre la plataforma cristiana. No será la defensa del indio en sí y por sí, sino la del indio hecho hombre por el único modo entonces posible de llegar a serlo: por la vía de la gracia, reconciliación

y salvación en Cristo; un indio-hombre, cristiano, incorporado=evangelizado, de carne y hueso, es lo que se defiende, no la entelequia irredenta al modo lascasasiano.

Ahora bien, lo anterior no quiere decir que los autores no recibieran cierta influencia de la literatura combativa del “conturbador” dominico. Como ya hemos dicho, y como pronto mostraremos, el tema de la destrucción de las Indias se presenta revestido de una tal indignación adjetival, que desde lejos se percibe en ella la iracundia del padre Las Casas, aunque ya un tanto cernida y amortiguada. Asimismo, el retrato del indio manso y puro pudiera bien ser de inspiración lascasasista; mas no hay que olvidar que desde las primeras cartas colombinas ésta fue la imagen indígena que se puso en circulación.

En tanto que los indios mantienen sus protestas en el plano tradicional-cristiano, sus acusaciones tienen sin duda una validez tremenda como conciencia acusadora; pero he aquí que por artificio de los autores, la dialéctica de la queja se hace antitética, traspasa el plano cristiano y viene a situarse en el pagano desde el cual se intentará la apología del mundo idólatra americano y de la felicidad y hartura antecristianas. En suma, los indios intentan su defensa desde la acera gentil (vs. 26-35), y esto, naturalmente, les es inmediatamente negado de modo terrible. Acontece entonces que la *culpa* española (vs. 244) se torna búmeran y regresa cambiada y maldecida como *culpa* americana (vs. 364-365, 381-400); el colofón lo pondrá pues furibundamente santo Domingo con la condena de las Indias. El dolor por el indio permanece intacto; pero indagando su origen se llega a descubrir que la causa del mal radica en las Indias y no en los españoles. La compasión española por el indio persiste; mas indagando y profundizando se llega incluso a una condenación de la empresa española en América. Los absueltos serán los indios; la sentencia condenatoria caerá sobre América.

Evangelización y destrucción del indio

De acuerdo con el concepto del buen indio, la evangelización se entiende como un acto reflexivo y voluntario de éste: “por sola predicación” (vs. 14). Desde las primeras estrofas esto es lo que se adelanta a manifestar el Cacique en las Cortes. Creemos, pues, que se trata de un hombre, que habiéndose aplicado el método que defendía Las Casas contra viento y marea: “la persuasión del

entendimiento y la invitación y suave moción de la voluntad”¹⁶ (lo cual, como se sabe, además de imposible nunca fue cierto), habíase hecho cristiano. Esta inclinación, esta “suave moción” voluntarista defendida por Las Casas está discretamente aludida, según creemos, en la frase del auto arriba citada: eco lascasiano sin duda alguna. La influencia del dominico famoso se refuerza y demuestra también por las alusiones concretas a la destrucción de las Indias: homicidios, fuegos, brasas (v. 42); campos tintos en sangre de inocentes indios (vs. 101-102); hijas, hermanas y mujeres prostituidas (vs. 106-110); dedos cercenados para sacar más rápidamente los anillos de las víctimas (vs. 111-112); orejas y brazos cortados en busca de parecidas riquezas (vs. 113-115); vientres traspasados por las espadas españolas, que como las romanas en el auto de *La destrucción de Jerusalén* hendían las entrañas buscando el oro, en polvo comido (vs. 116-117). Más aún, la resolución de los indios de remontarse (en el auto nuestro de retirarse a desiertos apartados) y de abandonar a sus hijos y sus tierras (v. 187); sus quejas por el mal gobierno (v. 82) y las no menos amargas por los desmanes de jueces y alguaciles son demostraciones palpables de que el horrendo tema de la destrucción de las Indias había llegado a ser una vivencia popular; una información recibida por influencia de la *Brevísima* a través de los autores y por influencias asimismo del tema en los mismos. Como se ve, en *Las Cortes de la Muerte* (esc. XIX) no hay lenguaje cortesano sino popular; no hay discretas y sutiles razones metafóricas ni disfraz, sino los hechos mismos expuestos descarnadamente para que hieran honda y eficazmente la conciencia del pueblo de un modo indeleble y patético. Estas y otras cosas de menor importancia son las que distinguen a *Las Cortes de la Muerte* de una obra como *El villano del Danubio*, escrita elusivamente por fray Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo.

Imagen cambiante de las Indias

Las Indias Occidentales se presentan como un mundo no previsto por las *autoridades*; en este caso “Tolomeo” y los “antiguos”, a quienes no sin cierta

16 Véase Bartolomé de Las Casas, [*De unico vocationis modo*] *Del único modo de atraer a todos los pueblos a la verdadera religión*, advertencia preliminar y edición y anotación del texto latino de A. Millares Carlo, introducción de Lewis Hanke, versión española de Atenógenes Santamaría, México, Fondo de Cultura Económica, 1942, cap. 5o., I.

sorna y un mucho de amargura se les reconviene por haberse dejado en el tintero a América (vs. 211; 216). Naturalmente los dramaturgos no escribieron América, sino “de nuestras tierras” (vs. 32; 222; 251), dado que los que hablan son los indios. Estas tierras de los indios tampoco se pueden apellidar América, no por exigencias de la rima o de la medida, sino por ponderación tradicional. Los indios se presentan como “occidentales” (v. 1); el Cacique habla una sola vez de la India (v. 96) refiriéndose a su país, y los santos se refieren a las Indias, al igual que Satanás, el Mundo y la Carne. Por supuesto, esas Indias todavía no son la América; pero tampoco son el Asia. La historiografía actual nos ha enseñado que no hay conceptos en sí, hechos cosificados, sino sucesos en mí preñados de inevitable y fecunda humanidad. Por eso es válido aludir a la *verdad* sin nombrarla; por eso es valiosa la definición neutra, es decir en tránsito de sustancialización, o, lo que viene a ser lo mismo, a punto de abandonar el limbo conceptual. Queda por ver aún, pues que sigue en pie, la cuestión de la autoridad de los *antiguos*; una autoridad en este caso muy precaria a causa de la *novedad* de las tierras indianas, de las cuales no acertaron a dar noticias (v. 222). Pero los autores, una vez que escriben esto, se desentienden del problema, ya porque ellos no se lo plantearon como tal, ya porque pensaran acaso, como fray Juan de Torquemada, que la voluntad divina podría crear tantas cuántas Indias le pluguiere.

Estas tierras, estas otras Indias, patria de los occidentales indios, aparecen en un primer momento exornadas con características edénicas: un escenario natural idealizado e incontaminado, morada paradisiaca apropiada para el hombre prístino, puro y prerromántico. Esta visión primera que obtuvo el hombre europeo añorante de un remoto pasado de ensueño y retorno, no fue permanente, y el contacto continuado con las cosas de América fue trocando esta primigenia impresión tornasolada y delirante en otra de tintes más opacos, más apagados y desencantados. Pues bien, este mecanismo dialéctico, este doble juego de luz y sombra quedó aprisionado en nuestro auto con admirable precisión. Tal vez se trataba de presentar ante el pueblo la sempiterna parábola del hijo pródigo; la ilusión del que comienza a caminar en pos de un ideal rosado, que cuando parece alcanzado se trueca en duelo, quebranto, ceniza, condenación y nada.

El mecanismo dialéctico de Indias funciona estupendamente. El indio es dócil, bueno e inocente; se queja, sí, de su triste sino; pero es consolado por la Muerte y por san Agustín y san Francisco con el calvario de la resignación.

El mal procede, pues, de España; lo trae consigo el español que en las Indias trastorna el orden de la felicidad y de la inocencia. Recordemos que uno de los indios indica que “todos los males de acá (de España en este caso) [le] fueron y están presentes” (vs. 244-245). Continúa la lamentación indiana, y ya no va a ser por causa de los males que les llevan los españoles, sino por los bienes. Los indios claramente aluden a este hecho paradójico; cuando adoraban a sus dioses paganos, falsos y rudos vivían felizmente, mas ahora que son cristianos y adoran al Dios verdadero, y que podrían esperar una felicidad legítima aun mayor, ocurre al revés. Resultaba que el vino espiritual al llegar a las Indias se hacía vinagre (vs. 172-173).¹⁷ ¿Por qué? ¿Era el precio, tal vez, que tenían que pagar por su idolatría anterior? ¿Era la explicación, la penitencia por sus pecados demoniacos de antes? ¿Eran más bien aquellos gemidos lastimeros una velada protesta contra el método evangelizador? Y por último, ¿se quería con tales aydemíes, por la felicidad gentil perdida, y por la cristiana aún no llegada, criticar con airecillos de novedad racionalista los procedimientos tradicionales compulsos de conversión y convivencia católico-medioeval? –¿otra probable influencia lascasasiana?–. No lo sabemos, porque la luz es poca y tan débil y lejana como la que parpadea en el bosque oscurísimo de los cuentos infantiles. Mas tras la tesis dialéctica ha de surgir la antítesis, para que exista el movimiento; y así ahora el edén indiano se trueca en infierno. Los males ya no viajan de Europa a las Indias, sino al contrario: España los recibirá corregidos y aumentados. Los españoles, que llevaban el mal consigo, destruyeron el milagro de la simplicidad y la dicha indianas; mas he aquí que la antítesis pecadora trabajó con tan perversa maestría y satánico esfuerzo, que la síntesis del mal se ha señoreado ahora de las Indias y de Europa. Espantado, san Francisco clamará contra las Indias; horrorizado y con vozarrón de profeta bíblico encolerizado las imprecará santo Domingo, el Gran Can del Señor.

Hemos apreciado así en este rápido movimiento dialéctico cómo a las Indias de claridad siguen las Indias de tinieblas, cómo la inocencia se convierte en perversión y el bien en mal. Las Indias se transforman y envilecen y empecatan todo lo que tocan, especialmente a los propios españoles, cuya permanencia en ellas los corrompe y destruye. Este es, por supuesto, uno de

17 Alusión metafórica que recuerda el hecho real de que los pellejos de vino que se enviaban a las Indias se avinagrababan durante la dilatada travesía.

los biseles que presenta el tema de la degeneración, de la llamada “calumnia de América”, de la inmadurez e inferioridad pecaminosas, americanas. Mas esta vez se explica la causa de la decadencia, el origen de la corrupción: es el oro, el oro malvado, esa malhadada “tierra cocida” (v. 99), la causa de todos los males; por él la edad dorada fue destruida e implantada la de hierro; por esa “roña, tósigo y ponzoña” maldita, despertose la sed codiciosa de los españoles que vivían en las Indias. Santo Domingo anatematiza con intenso *pathos* a las Indias por haber mostrado a Europa sus metales, después devueltos en males (vs. 381-385). Las Indias se convierten en placentera resbaladilla hacia el infierno, y san Francisco, que también sabe que el oro es el motivo, se indigna a su vez contra aquéllas y las excerta y reclama por ser la causa de “tanta multitud perdida” (v. 365). Ahora son las Indias condenación, las Indias obstáculo y estorbo para la virtud; y en boca del Diablo (para impresionar sin duda a la absorta y cavilosa multitud) “la mejor granjería de la región infernal” (vs. 407-408). Y para remachar más en el clavo, dialogarán al final de la escena la Carne y el Mundo, y por vía de censura, según se imaginaban los autores, pero tal vez con resultados contrarios a los propuestos expresará lo que el lector ya conoce:

Mundo

¡Gran cosa es la libertad
y estar libres de mujeres
y de hijos, en verdad!
La India gran calidad
tiene para los placeres.

Carne

El vivir allá es vivir;
que acá no pueden valerse.
Lo que yo te sé decir
que pocos verán venir
que no mueren por volverse

(Escena XIX, 431-440)

Conclusión

En verdad que resulta extraordinario el haber podido comprobar cómo los grandes y primordiales temas americanos prendían en la conciencia popular española, y cómo el tratamiento dado a los mismos tendía a la divulgación e inclusive vulgarización de dichos temas. Los graves mensajes indios llegaban culturalmente al pueblo en forma y lenguaje sencillos y bien comprensibles. La autocrítica española, a veces feroz, no se había detenido en las cabezas

teológicas y representativas, sino que las había desbordado y había hecho llegar su exaltada *verdad* al corazón del pueblo. Autocrítica original como ninguna otra nación antes o después se ha dado el lujo de realizar; autocrítica además propia, española, cristiana y católica; preciosísima semilla histórica para todo el inmenso arcoíris de leyendas negras y blancas y demás colores; punto de partida para todos los gruesos y presuntuosos tomos de historia, y para la legioncilla de los escolares: nacimiento, fuente de inspiración para todo repetido chisme denigratorio.

No sabemos exactamente de qué modo las corrientes de las cosas americanas hirieron la conciencia del pueblo español; pero justamente la escena XIX del auto de *Las Cortes de la Muerte* es una vía de acceso o de enfoque popular de los temas americanos esenciales. Nuestro ensayo, es, pues, un corte; una ventana para asomarse y ver por ella reconstruirse la opinión vulgar relativa a los problemas de América. Asistimos al espectáculo significativo que nos proporciona el pueblo español al acogerse a la postura tradicionalista cristiana y al rechazar la postura modernista apuntada francamente por el padre Las Casas; o, por mejor decir, cómo aquél repelará parte de los postulados lascasianos y cómo se quedará con los que no desvían ni dañan el patrimonio medioeval de la cristiandad. Tal vez precisamente por eso resulta muy expresivo que sea santo Domingo, el fundador de la Orden de Predicadores (a la cual, como se sabe, perteneció Las Casas) el que truene, zumbe y condene a las Indias.

Según hemos visto, los temas americanos fundamentales se hallan incluso en la escena XIX del auto. Con dicha escena, repitamos, pudo forjarse la conciencia histórica popular española una concepción de las Indias: una imagen primeramente edénica, primorosa y atrayente, que poco a poco se va trocando en la antítesis repelente, pecadora, demoniaca y negativa. Claroscuro condenatorio y conceptual sobre América que bien serviría, sin duda, para quitar de las cabezas ilusionadas los ensueños y aspiraciones a un mundo mejor y muelle.

Asimismo el vulgo español tomaba contacto si no con el indio de carne y hueso, por lo menos con un trasunto idealizado del mismo. Copia falsa evidentemente; pero verdadera en la conciencia viva del pueblo durante dos o más siglos. Visión positiva ahora: el nombre indio, el indio sosegado y bueno, el hombre en estado de bondadosa naturaleza, pero no bruto y sin más razón, como un animal (vs. 139-140), sino ser racional dotado de humanidad

cristiana, compadecido y perfeccionado por la redención de Cristo. Este y no otro es el indio que captó la conciencia histórica popular española a través de un auto casi sacramental, que al incorporar los temas cardinales americanos llevó crítica, popular y cristianamente el mensaje generoso e indiano hasta los más apartados rincones de la tan vilipendiada cuanto incomprendida España.

Nota: Este ensayo fue entregado para su publicación a fines de 1952 a la revista *Historia Mexicana*, que lo incluyó con extrañamiento y gran retraso –ignoramos las causas– en el número 4 de abril-junio de 1955. Con todo, no fue la demora lo peor del caso, sino la censura del corrector de entonces (?), que mutiló a su gusto el texto, cambió adjetivos y sustantivos, suprimió la dedicatoria y eliminó la introducción. Hoy, a fuerza de empeñamiento y a riesgo de insistir en las imperfecciones, preferimos presentar el texto tal y como salió hace diez años de nuestras manos.